

Pobres, las moscas

Ana Claudia Martínez

Image not found.

Capítulo 1

<Típico>, se dijo Úrsula mientras subía con desgano la bombacha hasta sentirla bien ajustada. Sus compañeras ya habían comenzado a menstruar entre los nueve y doce años. Pero ella no. Recién a la edad de quince le bajaba esto que sería su menarca. Nada de sangre roja y viscosa manchando alguna toalla higiénica. Si a lo largo de su vida nada había sido normal, ¿por qué esperar que esta fuese la excepción a la regla?

Úrsula ajustó el tiro del vaquero y tanteó entre sus piernas. Su vagina no presentaba hinchazón alguna. Dio por sentado que, por lo menos, no tendría dolor de ovarios. Alguna ventaja debería tener que por sus genitales se desprendiera tela de araña.

Siempre había sido introvertida, ermitaña y de pocas palabras. El intercambio con su familia era casi nulo por lo que asumió este cambio en soledad. Tanto su madre como su abuela no eran personas confiables para acompañarla en este proceso. Rodeó el sillón viejo donde la primera se encontraba hipnotizada recibiendo mensajes telepáticos de la caja boba. Aún apagada era la protagonista en la vida de su progenitora. Si caía en la insensatez de contarle que menstruaba telaraña seguro le diría que era un mensaje de los extraterrestres para un encuentro cercano del tercer tipo.

Se sentía incómoda con ese tejido pegajoso desparramándose en su entrepierna. No contaba con energía suficiente para hacer frente a la esquizofrénica de su madre. La abuela tampoco haría nada por ella. La depresión la mantenía como rehén en aquel colchón lleno de pelos de gato y oculta en una barba dura que no cesaba de crecer.

Acostumbrada al maltrato por parte de sus compañeros tampoco contaba con ninguna amiga, pues no era cool estar con la loca del liceo. Ya no le dolía que le hicieran el vacío, que la dejaran de lado en cada tarea que fuese en equipo, que su cabeza perdiera el equilibrio como efecto de los pelotazos en clases de Educación física y se rieran, en su propia cara, en cada presentación oral.

Por supuesto que ningún chico se había fijado en ella: pálida, flaca y con el pelo graso, tan largo y oscuro que parecía una mancha de petróleo contaminando las inocentes aguas de su adolescencia, llamaba la atención por el rechazo que provocaba. Y si bien se recluía en su interior y apagaba toda emoción, para ser más una chica zombie que una mariposita tonta, no conseguía mantener la compostura cada vez que lo veía. Tan cool y guapo que le entreveraba las tripas en cada paso. Ni la registraba. Tan siquiera para mostrarle que notaba su existencia a través del asco. No, nada. Indiferencia total. Hacía ya tres años que eran compañeros de clases y a pesar de estar a dos asientos de distancia él nunca hacía contacto visual. Ni un leve roce accidental le había sido regalado para

justificar sus fantasías. Para colmo todos tenían razón. Sí que era extraña. Esta menarca del reino animal se lo terminó por confirmar.

De alguna manera se fue habituando a este extraño fenómeno, y no debió realizar grandes esfuerzos por ocultarlo en su casa, donde aquellas mujeres apenas tenían conciencia de su propia existencia.

Cuando le entregaron la invitación para el baile de fin de año no le dolió que lo hicieran en medio de burlas y con dibujos obscenos en el sobre. Una respuesta habitual y esperable entre sus congéneres.

Se propuso asistir a como diera lugar. Para ello debía elegir con esmero el atuendo que mejor se adaptara a sus planes. Un vestidito negro y suelto sería lo mejor para hacer frente a una noche especial.

Llegó sola. Acostumbrada a las miradas despectivas no le llamó la atención que su paso hacia el sector central fuese acompañado de risas insolentes al notar su pelo enmarañado. El viento primaveral había sido su reciente enemigo. Tanta risa y música estridente aumentaba sus rasgos de chica enajenada. Las cejas se le ponían tensas y su rostro era el Guernica derrotado ante la imposibilidad de encontrar la calma y disfrute de un evento que ya anticipaba desmoralizante.

Pero Úrsula había ido a cumplir su propósito. Nada la alejaría de ese objetivo: allí estaba él. Trillado en cada una de las prendas elegidas, el corte de pelo, esas poses de macho alfa, el bendito vaso de cerveza en la mano y el pucho adormeciendo con el humo a las boluditas de siempre.

El plan saldría a la perfección. No le cabía duda alguna. Tan predecible el pobre Gonzalo. Aunque tuviese como novia a la flaca más linda del liceo, de nombre exótico y sangre extranjera, no podía contener sus aires de semental salvaje. Era demasiado obvio en cada uno de esos movimientos seductores incorporados a fuerza de repetición.

De todas formas se le caía toda la racionalización al piso con verle sonreír. Pobre Úrsula. A pesar de contar con una vagina arácnida, y un temple ácido, seguía siendo una adolescente que se veía arrastrada por esa poderosa pulsión sexual que la naturaleza le imponía.

La cerveza hizo efecto y ella estaba pronta para atrapar esa oportunidad.

Le siguió hasta los baños del recinto. Nadie transitaba los servicios por lo que el camino se encontraba allanado para dar curso a lo que era su cometido.

Selló la puerta con tela de araña que había menstruado unos meses

antes.

Sigilosa dio pasos conducentes hacía el chico que le robaba horas de sueño por las noches. Se apoyó contra la pared del fondo. Subió la falda del vestido con ambas manos y las ajustó en las tiritas de los hombros. Se quitó la tanga: negra y minúscula. La mordió con fuerza y así la sostuvo entre los dientes.

Gonzalo salió del baño y con la mirada desenfocada quedó paralizado mirando aquel espectáculo. Se tambaleó al perder el equilibrio. Haber orinado le había adelantado los embriagadores efectos del alcohol. Lejos de sentirse asqueado por la loca Úrsula se vio acometido por una fuerte erección. En ese instinto de preservación llevo la mano derecha para ocultar el rebelde deseo.

En el instante en que sube la mirada para comprobar que Úrsula aún siguiera con su vagina expuesta se le nubla la vista. Ya no por el alcohol. Una densa maraña pegajosa le cubría los ojos, el pelo, la boca. Tan solo su nariz parecía quedar a salvo. Sintió la parálisis en cada uno de sus miembros y el estoico pene erguido a más no poder. Recordó que en clases de anatomía había descubierto cómo el cuerpo humano responde ante la asfixia. No era excitación lo que sentía. Sin embargo, allí estaba una poderosa erección. Se asombró, con impotencia, recordar el gesto macabro de Úrsula cuando ambos escuchaban la misma información de boca del profesor. La loca se reía con espasmos y en un extraño silencio. La desesperación no encontraba salida en cada uno de sus músculos rígidos y anestesiados.

<Pobres las moscas> pensó, aterrado, cuando sintió que su pene era cubierto por una cavidad húmeda y caliente. Estaba siendo absorbido sin que pudiera defenderse. Se compadeció de las pobres moscas que mueren en manos de esas arañas inmundas sin perder, por un segundo, la maldita conciencia.

Escuchó cada jadeo y goce de Úrsula. Las embestidas le dolían en su miembro enhiesto. La asfixia le jugaba en contra. Si tan solo la naturaleza respondiese con una excepción a este ultraje.

Poco a poco se fue rindiendo al saberse perdido.

Ahora, con Úrsula colmada y agotada en su deseo, sentía que la telaraña le cubría por completo. Los latidos, suaves y adormecidos, fueron extinguiéndose en un último pensamiento: "qué suerte tengo, nadie se va a enterar que la loca Úrsula perdió la virginidad conmigo".